

CAPITULO III

EL PRINCIPIO DE LOS NÚMEROS INTERMEDIARIOS

- I. Doctrina de Filolao sobre el número.—II. Doctrina de Pitágoras sobre la causa primera y la unidad original.—III. Génesis metafísica de los números.—IV. El Cosmos.—V. El alma.—VI. Doctrinas morales.—VII. Comparación del pitagorismo y del platonismo.—VIII. Lo Uno idéntico del Bien real.

I

Mientras que los físicos de Jonia buscaban la explicación de los fenómenos en la unidad de la materia primitiva, los matemáticos de Italia, elevándose á un grado superior de la dialéctica, observaban por encima de la multiplicidad sensible la unidad de las *leyes* y fundaban la ciencia de la naturaleza en la ciencia de los números.

Las relaciones de los fenómenos son, las más de las veces, reducibles á números, y los espíritus *alimentados en las matemáticas* debieron llegar á creer que lo son siempre. Los números, según los pitagóricos, son anteriores y superiores á las cosas. Anteriores, porque las leyes matemáticas son verdaderas antes de que los seres lleguen á someterse á ellas, y subsisten aun después de ellos; superiores, toda vez que gobier-

nan las cosas y las explican. Todo lo que es, está hecho con peso y medida, puede calcularse y contarse. «El cielo todo es una armonía y un número.» Hasta aquí el pitagorismo y el platonismo están de acuerdo. El punto de partida es el mismo: la generación sensible; y, por encima de los fenómenos, Pitágoras y Platón ven igualmente relaciones inmutables, géneros, especies, leyes, números; poco importa el nombre que se les dé. Lo que importa es determinar exactamente la relación de los números con las cosas. Los números, ¿son simplemente los modelos de las cosas, ó son sus elementos constitutivos? ¿Existen en las cosas mismas ó separadas de ellas? En este punto el pensamiento de los pitagóricos parece haber sido incierto. Tan pronto repiten que las cosas son imitaciones de los números, como que los números son las cosas mismas. Esta última doctrina parece haber sido la más ortodoxa entre los pitagóricos. En todo caso, es la doctrina de Filolao, cuyas obras estaban en manos de Platón. Aristóteles marca admirablemente la diferencia del platonismo y del pitagorismo sobre esta cuestión fundamental. Los pitagóricos no admiten más que una sola especie de número, el número matemático; pero hacen de la sustancia sensible su elemento mismo, y no la *separan*, porque forman de números el cielo entero.» «Otros no admiten igualmente más que el número matemático, pero lo consideran como el primero de los seres y lo separan de los objetos sensibles.» Esta es la opinión de Spensipo. «Otros, finalmente, admiten dos clases de números: los Números-Ideas, en los cuales hay prioridad y posterioridad (bajo la relación de la cualidad y de la esencia), y el número matemático, distinto, á la vez, de las Ideas y de las cosas sensibles.» Se ve ya toda la dis-

tancia que existe entre la doctrina pitagórica y la de las Ideas. La segunda está, por decirlo así, dos grados más arriba de la otra.

Puesto que el número es la esencia íntima de las cosas, penetremos ahora en la esencia del mismo número. «Los elementos del número, dice Aristóteles, son lo par y lo impar, uno finito, otro indefinido.» «El número, dice Filolao, tiene dos formas propias: lo impar y lo par.»

El número impar, por ejemplo, el número tres, tiene un principio, un medio y un fin; es, pues, determinado y finito; tiene por tipo el número *uno*. El número par es indefinido é indeterminado; tiene por tipo el número *dos*. La unidad es, pues, un principio de determinación ó de limitación que hace que las cosas tengan un principio y un fin; Filolao la llama lo finito ($\tau\acute{o}$ πέρας). La dualidad ó dyada es un principio de indeterminación que hace que las cosas tengan un medio; Filolao la llama lo indefinido. Los números, que son las cosas mismas, son lo *mixto*, compuesto de lo finito y de lo indefinido. «Es necesario, dice Filolao, que los seres sean todos ó limitados ó ilimitados, ó á la vez limitados é ilimitados... Luego, ya que es evidente que las cosas no están formadas solamente de lo limitado, ni solamente de lo ilimitado, se sigue que el mundo y lo que contiene son un compuesto armónico de lo ilimitado y de lo limitado.» Esta es la teoría del *Filebo*, que Platón atribuye á hombres próximos á los dioses. Por ejemplo, los puntos ó unidades producen la línea por su combinación con intervalos indefinidos en sí mismos ($\tau\acute{\alpha}$ διαστήματα) ó con la pluralidad indeterminada. La línea y lo indefinido engendran la superficie; la superficie y lo indefinido engendran lo sólido.

Asimismo, los sonidos musicales, separados por in-

tervalos, producen la escala de la armonía. Los sonidos, sin los intervalos, se confundirían; los intervalos, sin los sonidos que los determinan, serían abstracciones. Luego, también aquí, la realidad resulta de la mezcla de la determinación y de la indeterminación.

Los acordes de la música, como las líneas, las superficies, los sólidos de la geometría, son números. Considerad los números en general y reconoceréis que son todos una reunión de unidades separadas por diferencias ó intervalos. Del número tres al número cuatro, del número cuatro al número cinco, ¿no hay cierta diferencia? Suprimid esta distancia; las unidades reunidas se confundirán en una y desaparecerá el número. «De lo limitado y de lo ilimitado nace la cantidad.»

El *intervalo* ó la *distancia* tiene gran analogía con el vacío. Aristóteles nos dice, en efecto, que el vacío separa los números y determina su naturaleza, como determina también los lugares de las cosas. El vacío está como aspirado, atraído y envuelto por el cielo que es uno. Lo indeterminado ó el vacío se parecen, por consiguiente, á lo que Platón llama el *lugar indefinido*, receptáculo del mundo. Lo indefinido es también como una materia á la cual se agrega la forma, como un no-ser relativo al cual se agrega el ser.

Resulta de todo esto que antecede que los números, y, consiguientemente, las cosas mismas, tienen por elementos los contrarios, materia y forma, vacío y plenitud, infinito y finito, par é impar, dyada y mónada. La unión en la oposición: tal es la ley suprema de las cosas. De ahí este cuadro de las diez oposiciones primitivas, adoptado por un gran número de pitagóricos y por Filolao: *Lo finito y lo indefinido—lo par y lo impar—la unidad y la pluralidad—lo derecho y lo iz-*

quierdo—lo viril y lo femenino—el reposo y el movimiento—lo recto y lo curvo—la luz y las tinieblas—el bien y el mal—el cuadrado y la figura irregular.

Estas diez oposiciones no son sino nombres distintos de la oposición primitiva entre la mónada y la dyada, entre la forma determinante y la materia indeterminada. La primera serie se llamaba la serie del bien; la segunda, la del mal. Para los pitagóricos, como para Platón, el bien tiene su origen en la unidad, el mal en la multiplicidad; y el mundo sensible es una mezcla de bien y de mal, de perfección y de imperfección, de forma y de materia.

Platón admite casi totalmente, en el *Filebo*, la parte de la doctrina de Filolao que hemos expuesto: el género de lo finito, el de lo infinito y el género mixto; pero, para Platón, lo finito es la *Idea*, y el número ideal está separado de las cosas sensibles, en tanto que el número matemático de Filolao se confunde con los objetos. La oposición de estas dos doctrinas no aparece claramente mientras se permanece en los dominios del mundo sensible; pero trae las más graves consecuencias cuando uno se remonta del universo á su principio, de lo finito y lo infinito á la *causa* que produce esta mezcla.

¿Qué idea se forman los pitagóricos de este cuarto género de que habla Platón: la *causa*? Sabemos que los números son los elementos constitutivos de las cosas, y que tienen á su vez por elementos constitutivos lo par y lo impar, lo finito y lo infinito; ¿es este el último grado á que se remonta el pensamiento? ¿Puede satisfacerse con esta oposición y dualidad de contrarios y no hay un principio supremo en el cual estén reconciliados los contrarios?

II

Los pitagóricos sintieron perfectamente la necesidad de ese primer principio, que Platón llama la *causa*. «Los principios de las cosas, dice Filolao, no son ni semejantes ni homogéneos; sería, pues, imposible que fuesen ordenados si la armonía no les penetrase de cualquier modo. A la verdad, las cosas semejantes y de la misma naturaleza no tienen necesidad de armonía; pero las cosas desemejantes, heterogéneas, que no están sometidas á las mismas leyes, deben necesariamente estar ligadas entre sí por la armonía para poder formar un mundo bien ordenado.»

La causa de la armonía, el principio de los números es *el número* considerado absolutamente; en otros términos, *la esencia del número*, ó ἀριθμός, ἡ ἐσσία τῷ ἀριθμῷ. La esencia del número es grande; lo lleva á efecto todo; es el principio y guía de la vida celeste y divina como de la humana. Así, pues, de la misma manera que hay una Idea superior que abarca todas la demás, hay un principio del número que contiene todos los números.

Este principio es la unidad primitiva; no esa unidad de que ya hemos hablado y que se opone á la dualidad, sino una unidad superior, que contiene á la vez la unidad propiamente dicha y la multiplicidad. «Los números son de dos clases, par é impar, dice Filolao; el número primero, en el cual están confundidos los otros dos, es el par-impar.» «Lo Uno, dice Aristóteles, es par é impar, y el número procede de lo Uno.»

La Unidad original, que contiene al mismo tiempo la multiplicidad, está representada simbólicamente,

tan pronto por el uno-primer, como por la década, la tétrada ó la tryada. «Lo Uno es el principio de todo, dice Filolao. Hay un Dios que gobierna todas las cosas, siempre uno, siempre solo, inmóvil, semejante á sí mismo, diferente de lo demás. El número reside en todo lo que es conocido. Sin él, es imposible pensar nada, conocer nada; en la década debemos contemplar la esencia y la potencia del número: grande, infinito, omnipotente es el origen y el guía de la vida divina y celeste como de la vida humana. La esencia del número enseña á comprender todo lo que es oscuro é ignoto; sin él, no difundir luz y claridad ni sobre las cosas en sí mismas ni sobre las relaciones de las cosas... No sólo en la vida de los dioses y de los demonios se manifiesta la omnipotencia del número, sino en todas las acciones y en todas las palabras del hombre, en todas las artes y, especialmente, en la música. El número y la armonía rechazan el error; lo falso no conviene á su naturaleza. El error y la envidia son hijas del infinito sin pensamiento, sin razón; jamás lo falso puede penetrar en el número; es su eterno enemigo. Sólo la verdad conviene á la naturaleza del número, ha nacido con él.

Dios es, pues, el principio del ser, puesto que todo el ser está en los números; el principio del pensamiento, puesto que toda verdad está en los números y que sin los números no hay conocimiento posible. Pero, ¿está Dios separado del mundo? Sabemos que el número es la esencia del número; Dios es, por tanto, la esencia misma de las cosas. El primer principio penetra hasta la oposición de los fenómenos y forma su unidad; no está separado de la diversidad sensible, cuya sustancia es. Pero, por otra parte, no se agota en los fenómenos que lo manifiestan, y bajo este as-

pecto existe en sí. Al producir la multiplicidad, sigue siendo la unidad. Por eso los pitagóricos llaman al número, tan pronto el modelo como la sustancia misma de las cosas; está difundido por el universo, é introduciendo en todas las cosas la armonía, las hace cognoscibles; pero al mismo tiempo es incognoscible en sí mismo. Oigamos á Filolao: «La esencia de las cosas, que es eterna, y la naturaleza *en sí*, caen bajo el dominio del conocimiento divino y no humano: no conocemos más que la sombra de ella y aun este conocimiento imperfecto no sería posible si la esencia no se hallase en el interior de las cosas de que el mundo está formado, tanto finitas como infinitas.» Dios está, pues, en el interior y al mismo tiempo por encima de las cosas. Está al comienzo del universo y asiste á su evolución. En un sentido, lo Uno es el principio de las cosas y contiene en sí de una manera indiscernible los dos contrarios. En otro sentido, la naturaleza se compone de dos elementos: la unidad y la pluralidad. «Desde el punto de vista más elevado, dice Eudoro, los pitagóricos afirman la unidad como principio de todas las cosas; pero, desde el segundo punto de vista, hay dos principios de todo lo que se lleva á cabo: lo uno y la naturaleza contraria.»

Pero, si así es, lo Uno primitivo no es solamente el bien, lo perfecto; contiene en sí mismo el mal y la imperfección. Así Aristóteles dice que, según los pitagóricos, «lo más bello y lo mejor no existe en el principio», y compara exactamente esta doctrina con la hipótesis de que todo ha salido de un elemento primordial. Teofrasto interpreta el pitagorismo análogamente. El bien no existe, por tanto, primitivamente; pero, como el animal ó la planta, debe nacer del germen universal. El bien y el mal están contenidos en

el primer principio y se desarrollan en el mundo. Solo el primer principio es más bien bueno que malo, toda vez que el mal es lo negativo y lo relativo, en tanto que el bien es lo positivo y lo absoluto.

III

Dios es la unidad de lo uno y de lo múltiple, pero al fin es la unidad: es, pues, el bien quien triunfa en él sobre el mal, y esta superioridad original del bien sobre el mal se reproducirá en el desarrollo ulterior de las cosas, en la génesis de los números.

¿Entienden los pitagóricos por esta tesis una generación verdadera, que tiene lugar en el tiempo? Algunas veces representan la unión de lo par y lo impar, como un encuentro que tiene lugar en la duración. Pero, según Aristóteles, los pitagóricos tratan de la génesis de los números sólo desde el punto de vista lógico. Notemos de paso cuán improbable sería que Platón hubiese tomado en serio, en el *Timeo*, lo que sólo era un símbolo entre los pitagóricos mismos.

IV

He aquí la explicación que daban del nacimiento del mundo. Suponían en el origen lo finito envuelto por lo infinito, el *cielo* por el *vacio*; porque lo indefinido es para ellos el lugar de la unidad. «El mal, dice Aristóteles, es el lugar del bien.» El cielo, originariamente uno y uniforme, aspira y absorbe el vacío. El vacío, al penetrar en el cielo, lo divide por los intervalos que en él introduce; y esta división de la uni-

dad primitiva por los intervalos, da origen á los números. La vida del universo consiste en una perpetua absorción de lo infinito por lo finito, de la multiplicidad por la unidad, del vacío por el cielo. Esto es lo que los pitagóricos llamaban la respiración infinita del mundo. Concebían, por consiguiente, la unidad primera como una grandeza sólida, continua, indivisa, pero capaz de dividirse en una infinidad de cosas por medio del espacio vacío que viene á separarlas. Por su parte, el vacío ilimitado no es dividido por sí mismo, y no se divide sino en cuanto que penetra en lo limitante. Así los dos principios opuestos son igualmente necesarios para introducir la distinción en las cosas. La absoluta determinación se confunde en la unidad primitiva con la indeterminación absoluta, y de la relación de estos dos principios nace el número, á la vez determinado é indeterminado.

El principio determinante es activo, la materia indeterminada es pasiva: el uno aspira, la otra es aspirada. Dios es, en consecuencia, el ser positivo, mientras que la materia es negativa. La diferencia de los seres tiene su verdadera causa en el principio determinante, y la materia indefinida no es más que su condición. La aspiración eterna de la materia por la unidad, introduce en el mundo el bien, al mismo tiempo que el número y la armonía; pero el mal no es menos eterno. Dios no puede aspirar toda la materia; no puede hacer todas las cosas perfectas; tiende solamente á ellas con todo su poder: lo muy bello y lo muy bueno no existen, por tanto, desde el comienzo de las cosas; no sobrevienen sino por el desarrollo de la esencia divina en el mundo.

V

Las doctrinas físicas y psicológicas de los pitagóricos están en relación con su teoría metafísica. Para explicar las cosas es preciso reducirlas al número, que lo hace todo inteligible. Lo perfecto explica lo imperfecto. El orden más bello de las cosas es también el más verdadero. De aquí una especie de física por las causas finales, pero distinta de las doctrinas platónicas. La causa final de los pitagóricos no es un fin que se propone conscientemente el principio divino, sino una especie de expansión fatal y matemática del bien en todas las cosas. La tierra, por ejemplo, no debe ser el centro del mundo, porque es morada de numerosas imperfecciones y es por sí misma tenebrosa. El centro del mundo debe ser luminoso, porque la luz forma parte de la serie del bien; debe ser inmóvil, porque el reposo es superior al movimiento y forma también parte de la serie del bien. Los astros deben describir en torno del fuego central líneas circulares, porque el movimiento circular, volviendo sobre sí mismo, es el más perfecto. Los intervalos de los planetas deben estar sometidos á la ley musical, y sus movimientos deben producir la más bella de las armonías; si no la oímos, es que posee la continuidad ó que los sonidos son demasiado graves. Siendo el número diez el más perfecto, debe haber diez planetas, y, si no son conocidos más que nueve, hay que suponer un tercero, el antietono. La década deberá reproducirse en todo; si hay cinco elementos minerales, la vida vegetativa se operará por el número seis, la vida animal por el número siete, la vida humana por el

número ocho, la vida celeste por el número nueve y la vida divina, universal, perfecta por el número diez. Todos estos grados de la existencia deberán ordenarse de tal suerte que los superiores comprendan en sí á los inferiores, como los números se comprenden unos á otros. En el hombre, por ejemplo, se encuentra una jerarquía de principios: procreación (en el orden generador), vegetación (en el ombligo), sentimiento (en el corazón) y pensamiento (en el cerebro). La procreación y la vegetación constituyen la vida, el sentimiento y el pensamiento pertenecen al alma (1).

VI

El alma individual, emanación del alma universal, es una modificación de los números, ó más simplemente, *un número*. Es la *armonía* del cuerpo. Pero esta armonía no es, como dice el pitagórico materialista Simias, un simple resultado de la organización. El alma es un número que engendra á otro número, á saber, el cuerpo, y en tal grado no es resultado del organismo que pasa de cuerpo á cuerpo por la metempsícosis. Con todo, por muy incorpórea que sea, no está enteramente desprendida de lo corporal. Aun en su paso de un cuerpo á otro permanece unida á

(1) El principal defecto de la filosofía pitagórica, dice Hegel, es dejar sin verdadera explicación el movimiento, la vida, la pesadez, lo concreto. Un mismo número le sirve para determinar sucesivamente una esfera celeste, una virtud, un fenómeno cualquiera, y no expresa jamás sino una diferencia de cualidad abstracta; es como si se dijese que una planta es cinco porque tiene cinco estambres. «Vano formalismo, semejante al de nuestros días, y que deja fuera toda realidad.» (XIII, 257.)

partículas materiales tan sutiles como los átomos de un rayo de luz. «Las almas, después de la muerte, revolotean en el aire con la apariencia de un cuerpo.»

El alma posee dos facultades principales: la energía, que reside en el corazón, y la inteligencia, que reside en el cerebro. La inteligencia, como el alma, es un número; su objeto, la verdad, es igualmente un número, y hasta la luz que ilumina la inteligencia es un número determinado, el número siete. Por último, el conocimiento mismo es un número. Sin el número, como hemos visto, todas las cosas serían ininteligibles; ningún objeto se manifestaría á ningún hombre. El error, como el mal, es indeterminado, ininteligible, irracional, porque es la enemiga del número.

La inteligencia se subdivide en dos facultades, una que es común al hombre y al animal, otra propia del hombre. La primera es perecedera, la segunda inmortal; la una tiene por objeto los cuerpos y lo particular, la otra lo universal. El principio del conocimiento es que lo semejante no puede ser conocido sino por su semejante. Los cinco sentidos corresponden á los cinco elementos y les son análogos. La razón corresponde á lo universal, á la unidad; es una y universal, y comparte la inmortalidad de su objeto.

VII

El alma está en el cuerpo como en una cárcel, y está llamada á luchar incesantemente, sin serle lícito abandonar su puesto, contra el principio del mal. Todo bien tiene su origen en la unidad y en el orden ó la armonía, la proporción, la medida, que no son otra cosa que la unidad manifestada por las cosas múlti-

ples. Todo mal proviene de la dyada, es decir, de la división, la desproporción, la disonancia y de la materia corporal, que no es otra cosa que la reunión de todas estas cualidades, hechas palpables y visibles. El hombre virtuoso es el que se conforma á las leyes de la razón y ordena su vida á imitación de Dios. Así como la armonía es producida por el acorde de sonidos graves y sonidos agudos, así también la virtud nace del acuerdo de diversas partes del alma bajo la ley de la razón; de consiguiente, la virtud es una armonía. La justicia es la igualdad perfecta ó la reciprocidad en el derecho, y su símbolo material es el cuadrado perfecto. La amistad es la igualdad perfecta y la reciprocidad en el afecto y la adhesión. En cuanto á la política de los pitagóricos, la idea de la unidad la domina, como su moral, como su filosofía toda.

VIII

Bien se ve todo lo que Platón debe á los pitagóricos. Como ellos, busca la ciencia por encima de los fenómenos sensibles, en las cosas inteligibles; como ellos, admite que los números gobiernan todas las cosas. Pero los pitagóricos se atienen á las nociones generales de las matemáticas, en tanto que Platón las considera solamente como intermediarios. Pitágoras no va más allá del número abstracto; Platón se remonta al número real, que es la Idea.

Los pitagóricos hacen del número matemático un elemento; Platón lo considera más bien como una relación, como un modo de ser relativo, y por eso le parece insuficiente el mundo matemático. No obstante, los pitagóricos conciben, más arriba de *los números*,

el número; y en este punto Platón está de acuerdo con ellos. El número en sí es la Unidad, y la Unidad es el principio de todas las cosas. Esta Unidad primera no es supresiva de la pluralidad; es, al contrario, su condición, y hay un término primitivo en el cual se hallan conciliadas de una manera misteriosa las oposiciones que se efectúan en la naturaleza. En todos estos puntos hay acuerdo entre los pitagóricos y Platón. Mas, ¿cuál es la naturaleza de la Unidad primera? Aquí la disidencia es profunda. Para Platón, el principio supremo es el Bien, el Bien despojado de toda mezcla, de toda imperfección, de todo mal. Por el contrario, el Dios de Protágoras es una mezcla del bien y del mal, germen de toda perfección, pero también de la imperfección; es lo par-impar, lo finito-infinito, lo determinado-indeterminado, el macho-hembra, el bien-mal. Sin duda de ningún género, Platón y Pitágoras conciben igualmente á Dios como la unidad y hasta como una unidad que reconcilia los contrarios; pero conciben de muy distinto modo esta conciliación. Según Pitágoras, es una mezcla; y, por consiguiente, Dios es un todo cuyas partes, como si dijéramos, son uno y lo múltiplo. El Dios de Platón, lejos de ser una mezcla, es el Bien sin mezcla; y su perfección es precisamente la que hace posible la imperfección como una imagen de Dios mismo; la realidad eterna de su ser funda la posibilidad de una existencia derivada de la suya. Dios es el ser positivo; el no-ser ó la materia es algo esencialmente relativo; Dios es lo real, la materia es lo posible, y lo posible tiene su razón en lo real. Luego Dios no es una mezcla de ser y de no-ser, de realidad y de posibilidad. Platón concibe los dos términos, ser y no-ser, realidad y posibilidad, no como colocados en una misma línea, sino como subordina-

dos uno á otro. Dios en sí mismo no es, por consiguiente, la unidad del bien y del mal; es esencial y únicamente el bien; por lo que respecta al mal, que no es otra cosa que la imperfección, tiene su condición en el bien, del cual no es sino una participación incompleta. Repitámoslo; el Dios de Pitágoras es la unidad del bien y del mal; el bien puro, separado del mal, es algo ulterior. Ahora bien; esta diferencia de los dos sistemas trae graves consecuencias. El Dios de los pitagóricos parece un germen que se desarrolla, como observa muy bien Aristóteles (1). El bien no está, por lo tanto, en Dios más que potencialmente; el bien se actualiza en la respiración infinita, que es la vida del mundo. El Dios de Platón es, por el contrario, la eterna actualidad del Bien, conteniendo todas las formas de la inteligencia: las Ideas. Por las Ideas el mundo es posible, y las Ideas, á su vez, determinaciones del ser y del pensamiento, no son posibles sino por la absoluta realidad del pensamiento y del ser en el Bien. La unidad absoluta de lo perfecto y de lo imperfecto no se puede concebir más que en un principio indeterminado, mientras que la relatividad de lo imperfecto respecto de lo perfecto, implica la absoluta determinación del primer principio.

(1) Aristóteles no atribuye de ningún modo esta doctrina á Platón; la compara solamente con el sistema antiplatónico de Speusipo. Digo antiplatónico, porque este discípulo de Platón rechazó en absoluto las Ideas. (Véase más adelante nuestro capítulo sobre Speusipo.) Según Aristóteles, el platonismo es la doctrina de la unidad idéntica al bien real; el pitagorismo y Speusipo consideran la unidad como idéntica á la virtualidad del bien y del mal. No es que deje de tener en cuenta Platón este último punto de vista, pero lo subordina al primero; la Unidad es la virtualidad absoluta del mundo, porque es en sí la realidad absoluta. Acaso también fuese esta, en el fondo, la opinión confusa aun de muchos pitagóricos.

El pitagorismo se asimila, de consiguiente, á la escuela jonia, en que lo hace derivar todo de un germen primordial; solo que, en lugar de tomar por germen un elemento material, toma una cosa inteligible: la unidad. Esta unidad es también una potencia que se actualiza, y los números mismos son las potencias diversas de la fuerza universal. Las Ideas, por el contrario, son lo que Aristóteles llamaría actos, y Platón llama realidades (*ὄντα*). Sin duda, fundan la posibilidad de las cosas; pero no son puros *posibles*, son las formas perfectamente reales de la existencia divina.

Las frecuentes analogías del platonismo y del pitagorismo encubren, por lo tanto, una diferencia profunda. El platonismo, absorbiendo al pitagorismo en su seno, lo transforma enteramente. No lo acepta sino como un punto de vista inferior, sobre el cual hay que elevarse; es una región intermedia que el dialéctico atraviesa antes de llegar á su verdadero fin. Las nociones lógicas y matemáticas, objeto de la *διανοια*, están por encima de las sensaciones; pero están por debajo de las Ideas, y, sobre todo, de la Idea suprema, que es el Bien. El pitagorismo, superior á la escuela jonia, es inferior á la doctrina de Platón.
